

«CREAR HUELLAS EN LA HISTORIA DEL MUNDO»

8. Un nuevo pueblo en la historia para la gloria humana de Cristo

Luigi Giussani*

El encuentro con Cristo, a través de esa forma histórica concreta que se llama «carisma», se hace evidente en la vida de las personas mediante una experiencia de «unidad» antes inimaginable. No solo unidad de uno mismo, por lo que uno se descubre más activamente protagonista de su propia vida, sin censurar nada de sí. Emerge también una unidad con las demás personas que han sido alcanzadas por el mismo encuentro. En la historia, este es el origen del «Pueblo de Dios». Esta compañía se revela como un punto de luz, de comunión y de simpatía humana en el escenario envejecido del mundo, y al mismo tiempo permanece como el lugar que genera y regenera continuamente la humanidad de los que forman parte de él, abrazando todas las dimensiones de su vida.

Durante estas semanas previas al Triduo de Pascua, podría ser útil profundizar en nuestro diálogo dejándonos provocar en la lectura del texto por ciertas preguntas: ¿de dónde nace, en este momento de pandemia, mi pertenencia al camino de Bachilleres? ¿Qué diferencia encuentro en esta compañía respecto a otros grupos en los que estoy? ¿Qué es «la unidad» para mí? ¿Qué formas (momentos, gestos) de la vida de Bachilleres me ayudan más en el camino de la vida y me gustaría compartir con todos mis amigos?

Proponemos continuar hasta final de mes el trabajo sobre el comienzo del tercer capítulo (pp. 125-136), del libro de L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019.

Recordamos que se pueden enviar preguntas y testimonios a la web:

<http://eventi.comunioneliberazione.org/gscontributi/>

en la sección «Escuela de comunidad».

1. UN PROTAGONISTA NUEVO EN LA HISTORIA

La compañía de los que Cristo ha identificado consigo en la Iglesia, Su Cuerpo, vive y se manifiesta en la historia como un pueblo nuevo, el Pueblo de Dios. Vamos a ver primero cuáles son las características que tiene todo pueblo y, en segundo lugar, cómo se manifiesta este pueblo particular, el Pueblo de Dios, en la historia de los hombres.

Para que exista un pueblo tiene que haber un vínculo entre personas suscitado por un acontecimiento que dicho pueblo percibe como decisivo para su significado histórico, es »

* Del libro L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 116-124.

» decir, para su destino y el destino del mundo. Semejante acontecimiento hace que nazca un pueblo al provocar que surja un vínculo estable de pertenencia mutua entre personas que hasta ese momento eran extrañas entre sí; algo similar a la llegada del primer hijo, que da comienzo a la historia ya completa de una familia. Pongamos un ejemplo. Imaginemos a dos familias que viven en palafitos en medio de un río que está en crecida. La unidad de estas dos familias, y luego de cinco, de diez, a medida que crece la procreación, consiste en una lucha por la supervivencia y, en última instancia, por afirmar la vida. El vínculo que surge entre ellas hace que busquen una consistencia cada vez mayor de la vida inicial. La realidad que nace así se considera positiva, es un bien, y esto implica también la defensa, con toda la astucia y la energía de trabajo necesarias, contra quienes la amenacen. Hay entre ellas un fermento que las mantiene unidas en favor de su vida: es el amanecer de un pueblo.

La vida de un pueblo está determinada por un ideal común, por un valor por el que vale la pena existir, esforzarse, sufrir y, si es necesario, incluso morir: un ideal común por el que vale la pena todo. Es un dinamismo que ya incluía san Agustín, cuando, en su *De Civitate Dei*, observaba que «el pueblo es un conjunto de seres razonables asociado en la comunión concorde de las cosas que ama», y añadía que para conocer la naturaleza de cada pueblo hace falta, por lo tanto, mirar a las cosas que ama («*ut videatur qualis quisque populus sit, illa sunt intuenda quae diligit*»)¹. En segundo lugar, la vida de un pueblo se define por la identificación de los instrumentos y métodos aptos para alcanzar el ideal que reconoce, al afrontar las necesidades y los retos que van apareciendo poco a poco en sus circunstancias históricas. Y, en tercer lugar, se define por la fidelidad recíproca que consiste en la ayuda de unos a otros en el camino hacia la realización de ese ideal. Existe un pueblo cuando hay memoria de una historia común que se acepta como tarea histórica por realizar.

Del reconocimiento del ideal nace, pues, una operatividad poderosa que tiende a instrumentarse de la mejor manera posible. Esto, en última instancia, se expresa en la caridad del pueblo que permite a unos llevar el peso de los otros. En este sentido el «nosotros» entra en la definición del «yo»: es el pueblo quien define el destino, la capacidad operativa y la genialidad afectiva —por consiguiente, fecunda y creativa— del «yo». Puesto que el «nosotros» del pueblo entra en la definición del «yo», el «yo» alcanza su madurez grande cuando reconoce su destino personal y la totalidad de su afecto al identificarse con la vida y el ideal del pueblo. Por esto, sin amistad, es decir, sin afirmación gratuita y recíproca del destino común, no hay pueblo.

Lo más misterioso de todo es que en el logro de que un pueblo se realice no puede dejar de estar implicada también la perspectiva de que su propio bien lo sea también para el mundo, para todos los demás. Y esto aparece con claridad cuando el pueblo alcanza una cierta seguridad y dignidad, y madura y se afirma el factor ideal que está en el origen de toda civilización (de igual modo que su desaparición marca su declive: una civilización decae cuando ya no sabe manejar el ideal que la ha engendrado).

En este sentido, el pueblo hebreo puede ser un símbolo para todos los pueblos. El pueblo de Israel nació por un acontecimiento de la Historia², por la promesa hecha a Abraham de que su descendencia iba a ser más numerosa que las estrellas del cielo y que la arena de las playas del mar³: se estableció así una alianza entre Yahvé que será su Dios, y los Israelitas que serán Su pueblo.

En misteriosa continuidad con esta historia⁴ nace de Cristo el Pueblo nuevo, que se ma- »

¹ «*Populus est coetus multitudinis rationalis rerum quas diligit concordi communione sociatus, profecto, ut videatur qualis quisque populus sit, illa sunt intuenda, quae diligit*» (San Agustín, *De Civitate Dei* XIX, 24).

² Cfr. Éx 12-15.

³ Cfr. Gén 12,1-9; 15; 22,15-18.

⁴ Cfr. Mt 1,1-17.

» nifiesta visiblemente por las calles de Jerusalén y bajo el pórtico de Salomón⁵. La idea de pertenencia, de ser propiedad de Dios, que definía la autoconciencia del pueblo hebreo, se encuentra de nuevo en el contenido de la conciencia que tenían los primeros cristianos. Aquel grupo naciente de personas se concebía, en efecto, como la unidad de quienes, perteneciendo a Cristo, proseguían su misión. Santiago, que fue el primer jefe de la comunidad de Jerusalén, dice en un discurso suyo citando al profeta Amós: «Escuchadme, hermanos: Simón ha contado cómo Dios por primera vez se ha dignado escoger para Su nombre un pueblo entre los gentiles. Con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: ‘Después de esto volveré y levantaré de nuevo la choza caída de David; levantaré sus ruinas y la pondré en pie; para que los demás hombres busquen al Señor, y todos los gentiles sobre los que ha sido invocado Mi nombre: lo dice el Señor, el que hace que esto sea conocido desde antiguo’»⁶.

No obstante, la pertenencia a la Iglesia comporta una novedad explosiva: los cristianos son el Pueblo de Dios, pero el criterio de pertenencia a este ya no lo establece el origen étnico o la unidad sociológica. El Pueblo nuevo está formado por aquellos a los que Dios ha elegido y ha reunido en la aceptación de su Hijo, muerto y resucitado⁷.

Como hemos visto en el capítulo anterior, la ley generadora y dinámica de este pueblo es la elección. Los elegidos, aquellos a quienes Cristo ha querido llamar, reciben por tarea la misión confiada a ellos para que se desarrolle el designio del Padre en el mundo. El ser enviados es inherente al ser elegidos mediante el hecho del Bautismo. No se puede concebir a un discípulo de Cristo, un bautizado, más que para la misión. Se nace y se recibe el bautismo para la misión; la gracia del encuentro y la educación en la pertenencia se nos dan para la misión. Y, si no se llega a la edad de la libertad y de la conciencia madura, debemos decir lo que Péguy dice de los santos inocentes: que su grandeza y su santidad están resumidas en el hecho de que, sin saberlo y sin haber hecho nada, han sido hechos partícipes del misterio de la misión de Cristo que es la salvación del mundo⁸.

Hay una página del Evangelio que documenta existencialmente la irrupción del Pueblo nuevo en la Historia, con su nueva tarea de pertenecer a Cristo y participar en su misión⁹.

A partir del «sí» de Pedro comienza un Pueblo nuevo: «Apacienta mi rebaño»

El «sí» de san Pedro a Cristo abre la conexión entre la vocación de la vida personal y el designio universal de Dios. Este nexo entre el momento personal y la totalidad misteriosa del designio de Dios ¿en qué consiste?, ¿qué produce? Respondiendo al «sí» de san Pedro, Jesús expresa esta conexión con una frase sencilla de comprender: «Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas, apacienta mi rebaño»¹⁰. Es como si Jesús dijera: «Guía tú a mi rebaño. Yo conduciré a mi rebaño por medio de ti, Piedra sobre la que se apoya y se desarrollará mi construcción en el mundo, mi plan sobre el mundo»¹¹. La pertenencia de Pedro a Cristo se convierte así en participación en el designio universal de Dios. «Apacienta mis corderos», guía a este conjunto viviente nuevo que se convierte en protagonista de la historia, en instrumento de la victoria y de la gloria humana de Cristo en la historia. »

⁵ Cfr. Jn 10,23; Hch 3,11; 5,12.

⁶ Hch 15,14-18; cfr. Am 9,11-12.

⁷ Cfr. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., pp. 108-116.

⁸ Cfr. C. Péguy, *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 480ss.

⁹ Cfr. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., pp. 99-107.

¹⁰ Cfr. Jn 21,15-17.

¹¹ Cfr. Mt 16,17-19.

» El «sí» de Simón es el comienzo de una relación nueva de cada persona con toda la realidad. Es el principio de una nueva relación no solamente entre la persona y Jesús, sino de una relación nueva que afecta a toda la realidad: cambia de aspecto la relación entre el hombre y la mujer, entre padres e hijos; cambian de aspecto las reglas de la educación; cambia el modo de mirar el cielo y la tierra, de levantarse por la mañana o de irse a la cama por la noche; se vuelve distinto el modo de ir al trabajo, de afrontar el peso de una incongruencia, de una duda que nos viene, de un interrogante que gravita sobre el corazón; se vuelve diferente la actitud frente a la muerte y frente a la vida que nace; en la raíz de la diferencia de estas actitudes está el triunfo de la piedad que Cristo tuvo con el hombre. «Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, ‘como ovejas que no tienen pastor’»¹². Pedro fue el primer pastor que puso Él para conducir el rebaño, de modo que las diversas declinaciones de la relación que hay entre los hombres y la realidad vieran triunfar la piedad de Cristo con el hombre. Pedro, garante de la unidad de este Pueblo nuevo en la Historia, asegura la permanencia de la novedad que Cristo ha introducido en el mundo para sostener la esperanza de los hombres.

Mediante el perdón y una actividad inagotable

En primer lugar, el «sí» de Pedro a Cristo produce una realidad nueva a través del perdón. Cuando Jesús le pregunta «Simón, ¿me amas?», está destruyendo cualquier resentimiento, cualquier recuerdo de todas las traiciones de aquel pobre hombre que tenía delante. Para que el «sí» de Pedro produzca una nueva humanidad, un nuevo pueblo, un flujo humano distinto, despierto, vigilante, con una mentalidad y una mirada que vea, juzgue y trate las cosas de manera distinta al mundo, para que la fecundidad de este «sí» resulte evidente, decisiva para la historia de la humanidad, protagonista de los hechos humanos, la condición es que se alce, que se apoye, que construya sobre la base del perdón, aceptándolo. Aceptar el perdón es quizá la cosa más difícil que hay, aunque, por otra parte, sea sencillísima.

El «sí» de san Pedro crea un Pueblo nuevo basado en el perdón, está pronunciado por la conciencia de que ese rostro que le pregunta «Simón, ¿me amas?», está lleno de perdón. El «sí» de Pedro está construido sobre el perdón y logra que este sea para todos. Por esto es por lo que el Abad le dice a Miguel Mañara que todo lo que pueda haber hecho en su pasado ha quedado como reducido a cero¹³. Hace falta un poder infinito para reducir a la nada lo que existe. El perdón es ante todo una reducción a la nada de todo el mal que yo he hecho. Pero también de todo el que haré, porque dentro de un mes, o dentro de un año, tendré formalmente que decir lo mismo que hoy. Una madre y un padre verdaderos conocen un poco el significado de esta omnipotencia cuando reducen a cero el recuerdo de los pequeños o grandes errores que cometen sus hijos. La comparación está desenfocada por nuestra pequeñez y debilidad, pero es la única posible: el padre y la madre, frente al niño pequeño, perdonan continuamente, tienen que perdonarlo continuamente para que crezca. Y este perdón no tendrá jamás fin, más aún, tendrá que aumentar con el paso del tiempo.

En segundo lugar, el «sí» de san Pedro desencadena una actividad que está en contradicción con las aproximaciones, las negaciones y los odios mundanos. «Todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo, como Él es puro»¹⁴. No queda purificado de golpe, no obtiene la santidad de repente; pero su vida se va purificando: «Se purifica como Él es »

¹² Mt 9,36.

¹³ Cfr. O. Milosz, *Miguel Mañara*, op. cit., p. 45.

¹⁴ 1 Jn 3,3.

» puro». Entonces se vuelve habitual despertarse por la mañana y rezar el Ángelus, ofreciendo la jornada con la conciencia de que nuestra propia debilidad, con los errores que se cometerán ese día, está ya perdonada: «Te ofrezco, Dios mío, esta jornada, sea como sea, para que Tú puedas perdonarla, anulando el recuerdo de mis males, para que Tú la mantengas en tensión hacia Ti», como expresan las figuras de san Pedro y san Juan corriendo para ver el sepulcro¹⁵ de donde Jesús ha resucitado.

El Pueblo nuevo nace de este perdón y de esta actividad incansable, una actividad que no queda satisfecha por el resultado de su construcción (porque «tenga éxito»). En esto no tiene nada que ver ninguna medida, ni tener éxito ni dejar de tenerlo. Dentro del perdón, apoyados en el perdón, se vuelve a comenzar desde el principio mil veces al día.

El Pueblo de Dios, uno y múltiple, influye en la historia

El Pueblo de Dios que nace es *uno*. «Cuanto habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo [...] porque todos vosotros sois uno (*eis*) en Cristo Jesús»¹⁶. El «sí» de Simón a Cristo comporta el comienzo de un mundo nuevo que se expresa visiblemente en la unidad entre aquellos que Le reconocen; el fenómeno que lo documenta es una unidad que tiene una profundidad ontológica original: es un organismo en el sentido real del término, el Cuerpo misterioso de Cristo. Esta ontología se llama de otra manera, *communio*, comunión de ser por la cual «todos vosotros sois una persona sola (*eis*) en Cristo Jesús». El acontecimiento de Cristo se mantiene en la historia, está presente en cada momento «presente», expresándose en el fenómeno de una unidad compuesta de hombres y mujeres que se han juntado porque está Él, porque han reconocido que han sido elegidos por Él.

Esta unidad no es una homologación, rostros idénticos entre sí sin sentido, sino que está constituida por rostros precisos. La razón por la que la unidad del Pueblo no es algo homogeneizador, sino una unidad rica de matices, es que cada realidad que lo compone nace de una historia en la que ha habido un «encuentro» que ha reunido a determinadas personas y ha trazado su camino. A partir de ese encuentro que se ha tenido se vuelve más comprensible el camino hacia la pureza, más fácil de comprender y de seguir, más amable y más fecundo. Cada parte de este Pueblo nace de una gracia particular del Espíritu que se llama «carisma».

La unidad entre gente que Le reconoce en un determinado ambiente, en la medida en que está vinculada a la comunión de todos los que creen en la presencia de Cristo, influye en la sociedad, en su presente, y en la historia, entendida como continuidad de la sociedad. Esta unidad convierte en protagonista al hombre nuevo bautizado, que tiende a crear, por amor a Cristo y en Su nombre, un mundo más humano para todos. Por su propia naturaleza, esa unidad (tanto si son dos como doscientos millones) influye en la sociedad, incluida su dimensión política, y en la historia como cultura y civilización. Para ello el Evangelio contiene la fórmula clara y completa del método evangelizador: «Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado»¹⁷.

Acerca de este río humano, visible e imparable dentro de la historia, escribía el cardenal Newman:

«La Iglesia cristiana, en cuanto sociedad visible, es necesariamente una fuerza política o un partido. Puede ser un partido triunfante o perseguido, pero siempre tendrá las »

¹⁵ Cfr. Jn 20,3-10.

¹⁶ Gál 3,27-28; cfr. Rom 10,12; 1 Cor 12,13; Col 3,11; cf. también L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., pp. 140-144.

¹⁷ Cfr. Jn 17,21.

- » características de un partido que tiene prioridad en su existencia respecto a las instituciones civiles que lo rodean y que está dotado por su latente carácter divino de enorme fuerza e influencia hasta el final de los tiempos. Desde el comienzo le fue concedida estabilidad no solamente a la mera doctrina del Evangelio, sino a la misma Sociedad que se basaba en dicha doctrina; se predijo no solamente la imposibilidad de destruir el cristianismo como doctrina, sino también la del organismo mediante el cual iba a manifestarse al mundo. De modo que el Cuerpo Eclesial es un medio establecido divinemente para realizar las grandes bendiciones evangélicas»¹⁸.

Defensa de la vida del pueblo y apoyo mutuo

La ternura hacia Cristo¹⁹ hace que nos convirtamos en protagonistas nuevos dentro de la sociedad, incluyendo la política, y dentro de la historia hasta crear una civilización. Esta es la consecuencia más clamorosa que ha brotado del núcleo invisible que el Espíritu Santo creó en el seno de una joven mujer: ese núcleo se ha desarrollado hasta alcanzar las dimensiones de un pueblo.

Los cristianos son hombres que, reconociéndose en compañía, en amistad, viven una lucha en la que tienden por entero hacia la finalidad de la vida, entendiendo esa tensión como el ideal común del pueblo. Para ellos, en tiempos en los que, como dice Eliot, «los hombres han olvidado a todos los dioses, salvo la Usura, la Lujuria y el Poder»²⁰, estos dioses valen menos que la tensión hacia el ideal. Los cristianos viven a causa de ello sin escándalo por sus propios errores, por sus traiciones —el inconveniente especialmente doloroso de la incoherencia—, dentro de una continua recuperación del horizonte ideal. La vida se concibe como tensión hacia el Destino, como lucha por el bien, de modo que resulta fácil juntarse para apoyarse mutuamente.

El Acontecimiento que une, de golpe, a los que se topan con él y lo aceptan, expresa su principio de unidad poniendo ante todo en práctica la subsidiariedad: cada uno ayuda a los otros y trata de llevar a cabo lo que falta en ellos. Es una subsidiariedad concreta, en la medida de lo posible cotidiana, que sirve para facilitar la vida y defender la vida del pueblo del enemigo que lo amenaza. Este enemigo es el «mundo», es decir, la realidad humana cuando esta se concibe programáticamente en contra de cualquier referencia suya a Cristo²¹.

La conciencia de haber sido elegidos para participar en la construcción del Reino de Dios infunde una onda nueva en el corazón, que hace que el sentimiento amoroso —a través de esa prueba tremenda que se llama cruz, sacrificio— llegue a traducirse en auténtica caridad recíproca. Vivir esto es colaborar en la paz y, por consiguiente, en la laboriosidad y el consuelo de la vida, en la percepción de esta como algo lleno de significado, esperando que se cumpla plenamente su significado final.

El sentido del pueblo se colma al realizar estos objetivos; se colma por la eternidad, es decir, porque vive lo eterno dentro de la actividad normal. Este es el modo en que el pueblo colabora a la finalidad de la creación, el modo en que colabora con Jesús en la cruz, experimentando cómo la luz, el amor y la alegría finales crecen en densidad, de tal manera que la Resurrección de Cristo, como término último de la cruz, penetra, asimilándolo, en todo lo que se conoce, se utiliza y se vive juntos.

El nuevo Pueblo que Cristo ha engendrado en el mundo, este río irresistible —aun a pe- »

¹⁸ J.H. Newman, *Gli ariani del IV secolo*, Jaca Book-Morcelliana, Milán-Brescia 1981, p. 199.

¹⁹ Cfr. 2 Cor 5,6-9.

²⁰ T.S. Eliot, *Cori da «La Rocca»*, BUR, Milán 1994, p. 101 (ver trad. cast. en *Poesías reunidas*, Altaya, Barcelona 1995).

²¹ Cfr. Jn 15,18ss.

» sar de las trágicas vicisitudes que debe atravesar—, está formado por gente que acepta de algún modo vivir estas cosas; y que cuando no las comprende todavía, pide a Dios la gracia de comprenderlas y a sus hermanos la gracia de recibir ayuda.

La responsabilidad de los cristianos consiste en ser lo que han conocido, lo que se ha vuelto parte de su mente y de su corazón. Somos, por lo tanto, responsables de ser lo que somos, aquello a lo que hemos sido llamados por Jesús en el Bautismo y mediante el encuentro que lo ha hecho más tarde florecer en nosotros. Nuestra responsabilidad consiste en ser amigos por razón del encuentro que hemos tenido y conforme a él²². Y esta amistad no puede dejar de influir sobre las relaciones que establecemos en la familia, en el trabajo o en la vida social y política. Se revela así la actualidad que tiene la observación del estudioso americano Alasdair MacIntyre respecto a la situación europea durante el bajo imperio romano en la antigüedad tardía:

«Un momento crucial que fue decisivo en la historia antigua se produjo cuando algunos hombres y mujeres de buena voluntad abandonaron la tarea de apuntalar el *imperium* romano y dejaron de identificar la continuidad de la civilización y de la comunidad moral con la conservación de dicho *imperium*. En lugar de ello se prefijaron la tarea de construir nuevas formas de comunidad dentro de las cuales pudiera mantenerse la vida moral, de modo que tanto la civilización como la moral tuvieran la posibilidad de sobrevivir a aquella época de barbarie incipiente y de oscuridad, a la disolución del Estado y a la corrupción de la sociedad»²³.

La amistad de los hombres a los que Jesús ha llamado mediante el Bautismo es el comienzo de las comunidades de las que habla MacIntyre, el principio de una cultura nueva, de un sentimiento distinto de la sociedad y del Estado, del mundo. Así es como nacen esas comunidades humanas nuevas que, según las palabras de Juan Pablo II, constituyen la única posibilidad de superar la desolación de gran parte de la sociedad moderna: «El despertar del pueblo cristiano a una mayor conciencia de Iglesia, construyendo comunidades vivas en las que se torna concreto el seguimiento de Cristo, afecta a las relaciones que tejen la trama de cada jornada y abarca todas las dimensiones de la vida: esta es la única respuesta adecuada a la cultura secularizante que amenaza los principios cristianos y los valores morales de la sociedad». Esa amenaza afecta sobre todo a dos cosas: en primer lugar, al anticipo de felicidad del hombre —lo que en términos bíblicos se llama «heredad»— y a la esperanza segura de esa felicidad que compone y define al hombre verdadero; y, en segundo lugar, a la existencia del pueblo. El poder parece tener como finalidad la eliminación del pueblo, en cuanto unidad entre hombres que tienen un ideal común y conocen los medios para alcanzarlo, y, en particular, la eliminación del pueblo cristiano que persigue el Destino verdadero en la compañía que Cristo genera.

²² Cfr. L. Giussani, «Tu» (*o dell'amicizia*), BUR, Milán 1997.

²³ A. MacIntyre, *Dopo la virtù*, Feltrinelli, Milán 1988, p. 313 (trad. cast.: *Tras la virtud*, Rialp, Madrid 1992).